

Moje Menhardt:

De la palabra al color

La evolución ha dejado perdidos en el pasado cientos de especies, de seres, de animales de los cuales apenas sí sabemos nada. Algunos han existido de verdad, otros, son fruto únicamente de nuestra imaginación o nuestros sueños y ahí, en los sueños, se nos pierde lo racional y entramos en el mundo de los posibles, de lo probable, del deseo o de lo que quisiéramos.

Las formas viejas y los ojos antiguos van representándose; es el eterno retorno de la luz y de las sombras, el despertar del color, la renovación de la línea, la búsqueda del bestiario de Borges, total devoción por llegar al paraíso de seres tan extraños como fantásticos que se pasean por los quadros con la más tranquila impunidad o imponen su mundo desconcertante para estos tiempos.

Para la pintora Moje Menhardt el alma del mundo se enciende, y la presencia de los ocres es el testimonio inmediato de esa frescura y a la vez de la ancianidad de los seres que lo pueblan. El basilisco, a punto de salirse del cuadro, abre sus ojos para ver de cerca al espectador, y tú crees que eres el que lo creas, él te crea a ti, nos remite a nuestra onirosis cotidiana, la ensoñación permanente hacia un mundo por descubrir.

No hace falta inventar nuevos seres, los tenemos ahí, de rojo, de blanco, de diverso. Las esfinges, las aves – el mundo de las plumas que desconciertan y encantan, los pajaros enormes que surcan la vida. Un mundo mítico que nos abre las manos y el camino hacia la diversidad, hacia el choque, a veces estridente, de rojos, de naranjas, de oscuros o de verdes, de azules profundos que nos catapultan al fondo de la historia, de todos los pensamientos que infunde el A Bao A Qu, temblor y búsqueda de la perfección progresiva, evolucionada.

Otras veces, uno se pierde entre los colores confusos de una cola extraña que viene de un ser o se remueve cuando el efecto de algo no sentido se le acerca y ahí está la geometría que pugna por diferenciarse de todo lo demás y a uno le entra la tentación de penetrar en esos nuevos espacios y regresar al pasado real o ficticio de las sombras, de la invención más pura, aquella que nos hablaba de un mundo reciente que se reencontrase con lo que se perdió o lo que nunca existió. Ficciones, el mundo del Aleph.

La geometría se equilibra o tamalea en esos seres de piedra que buscan en el desequilibrio el movimiento del alma que no tienen.... Cubos o moles que lanzados al espacio adquieren la ligereza de un arlequín danzando para la inocencia...

La explosión de espacios que abren la puerta al sueño y forman una perspectiva que invita a entrar en ella. A la esfinge le crecen las alas, no a la salamandra y pronto nos dejará, arrancará hacia no sabemos dónde, pero la pintora ha dejado claro que quiere que esté ahí, ocupando la totalidad del espacio y vigile todas las metamorfosis de Kafka, el tamaño del infierno de Borges o su fervor de Buenos Aires, el unicornio de Mújica Láinez... y a todos aquellos que se perdieron por espacios del sueño.

Colores que se derraman como un magma e inundan la tierra, la totalidad de la tela. Formas que buscan desesperadamente comunicarnos con espacios desnudos, monumentales. Nada detiene ese volcán que expulsa sueños, transforma seres, invierte los colores y muestra la generación de otro mundo, la vitalidad soberbia de estos cuadros.

Puros océanos se acercan con toda su abrazada inmensidad, manchas que son cráteres por donde se pierden pirámides o cubos, planos que se estratifican y resumen en círculos, cada vez más pequeños, que buscan la luz, la esfera, la claridad necesaria en Babel. Culturas antiguas, templos, catálogo de amores en Ovidio, seres que se arrastran hacia la luz habitada por el único ser testimonio de lo que fue, presencia de tantas ausencias posibles.

Lagartijas con pico, pájaros con cuerpo de lagarto, múltiples cuerpos sin cabezas, el unicornio y la virgen, el dragón, los pajaros, el animal indefinido del que únicamente vemos su efecto: el remolino, la arpía dulce, amarilla, de largos pelos, a la que sus garras delatan e identifican, los duendes de la tierra, seres que únicamente se manifiestan cuando llega cerca de ellos un ser perfecto. Toda una naturaleza de azul, mar demasiado inmenso para entenderlo aún a pesar de ese sol que lo ilumina. Un muro rosado, la puerta blanca y el espacio encarcelado: de cielo a tierra... y entre todos ellos el T'aot'tieh con seis enormes garras, feo, abierta la boca, platillo volante de animalia, mezcla de llama y cabra... cancerbero que según Borges puede tener 100 cabezas y la garuda....

La pérdida de la chancha, de su orden impresionante en ese mundo de gigantes, de formas en desequilibrio es – decía la pintora – , pero debajo de ella bulle un infierno con su rey monstruoso: un animal volcán. El aplanador está entero y su inmensidad ha llenado el espacio, no queda nada más cuando él pasea, ni naturaleza, ni seres, ni siquiera monstruos ... con él acaba unda cierta mitología animal. Otras veces verás los símbolos litúrgicos de los peces, Egipto y Roma, juntos en Menhardt, mientras la serpiente de dos cabezas se ha transformado en serpiente de Esculapio que sana y envenena, y el grifo nos recuerda a Visnú en Indonesia, viajando por el cielo... Muchas ficciones, necesarias, ocultas y ahora expuestas...

La pintura poética de esta obra va más allá de lo que uno ve, y a la intensidad de los colores nos interpone la inmensidad de la luz, la fuerza de las formas, los espacios inhabitables, los infiernos presumibles porque en ellos las cosas se purifican y recrean. Purificación para tí y para mí cuando nos ponemos delante de los cuadros y comenzamos a recordar otros pasados y a deslizarnos color abajo hacia los sueños.

Francisco Ferrero Campos
Viena, Febrero, 1997